

MAURICIO WIESENTHAL

RAINER MARIA RILKE

(EL VIDENTE Y LO OCULTO)

BARCELONA 2015



A C A N T I L A D O

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2015 by Mauricio Wiesenthal González
© de esta edición, 2015 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, vista del castillo de Duino

ISBN: 978-84-16011-78-0
DEPÓSITO LEGAL: B. 24711-2015

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *noviembre de 2015*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

BELLEVUE

«Rusia fue el gran acontecimiento de su ser y de su existir». Debo comenzar así este libro, porque se lo prometí a una amiga rusa. La encontré una tarde en el Hôtel Bellevue de Sierre. Andaba perdida y como sonámbula. Y me contó una historia escalofriante. Hoy pienso que estaba loca y creía encontrarse en un barrio de París que se llama Bellevue, igual que el hotel; pero a cientos de kilómetros de la región suiza del Valais donde nos hallábamos. Por las grandes ventanas alcanzaban a verse, en la última brisa del crepúsculo, los viñedos y manzanos que cubren la pendiente del castillo de Muzot, donde había vivido Rilke. Acababan de sonar las campanas de la iglesia, y el jardín reposaba en una quietud extraña. Se notaba—se presentía, se adivinaba—que, en cualquier momento, podía oírse la elegía de un ruiseñor.

La mujer se sentó en el salón, frente a mí, en una postura afectada, dolorosamente inclinada sobre su regazo, sosteniendo a un niño envuelto en pañales. Tenía el pelo corto—ya plateado, no encanecido sino plateado, con el brillo del metal—, y comprendí que estaba fatalmente loca cuando se quitó el chal ruso que cubría sus hombros, dejándome ver que no llevaba collar, sino una cuerda atada a su hermoso y largo cuello.

Pero me conmovió cuando me contó la fábula irreal y poética de su amor, porque parecía realmente una *Pietà*. Os aseguro que era una *Pietà*, con su hijo muerto en brazos.

—No es un niño—me dijo, removiendo los pañales, que me parecieron vacíos. Y volvió la palma de la mano derecha hacia arriba.

No sé por qué pensé que sus palabras tenían un sentido oculto. Imaginé que las madres nos dan la vida envuelta en

velos. Lo hacen para que la sombra de la muerte no oscurezca su regalo.

—¿Y la mano vuelta hacia arriba?—le pregunté.

—Hacia abajo es la muerte. Hacia arriba, la vida.

Recuerdo que, a nuestro alrededor, había unas figuras borrosas, todas vestidos de negro—como una reunión de iniciados—, salvo una dama con una falda larga de color marrón.

Había también muchas velas (unos candelabros en el suelo, junto a la chimenea), flores rojas, y algunos sacerdotes con barba y cabello largo, igual que los popes ortodoxos. Y las rosas de los jarrones, entre las sotanas negras, me parecía que temblaban en el presagio de una tormenta, igual que la vida florece delante de la muerte. Obra en rojo y obra en negro: *rubedo* y *nigredo*, como en la Alquimia.

Aquella tarde, la extraña aparición me explicó que venía de la montaña, aunque se llamaba Marina... Marina Ivánovna. En ruso, dijo algo de muerte (*smiert*) y puso hacia abajo la palma de la mano. Pronunció unas palabras en francés que no recuerdo bien (creo que *sur vie*, 'más allá de la vida'). Y, ya en alemán, me dijo que—hacia muchos, muchos años—había sido la persona que más amó a Rilke.

—Pero si usted busca a Rilke—me advirtió—, ese lugar ya no existe. Mi amigo Borís y yo (yo no soy la esposa, sino «la extranjera» de Borís, ¿me entiende?) descubrimos que la isla desapareció un 29 de diciembre, o un 30, no se sabe bien. Pero ese lugar ya no existe. ¿Se da cuenta de que ahora todo está iluminado diferente?

Levantó entonces la palma de la mano hacia arriba.

—*Ich weiss* [lo sé]—le respondí, sin saber por qué. Tenía unos ojos enormes; enormes, demasiado grandes para su cara demacrada y sufriente que me recordaba las fotos de los deportados en los campos de concentración.

—¿Ve usted los viñedos y los manzanos?—me preguntó, señalando hacia las ventanas—. Quiero pedirle un favor—y su voz se quebró—. Perdone que vaya vestida así. Pero le

ruego que me crea si le digo que no podemos combatir la pobreza con la riqueza. Eso duele a los ángeles. El mundo está perdido, porque los pobres odian la pobreza y quieren ser ricos. Hágame caso. Sólo con la pobreza podemos combatir a la riqueza. La pobreza es una espada de fuego...

Cuando el pianista del hotel comenzó a tocar un estudio de Scriabin, que sonaba con emoción y belleza enloquecedoras, se levantó sollozando con el pañal en brazos y desapareció de mi vista, atravesando la calle hacia la colina de los viñedos y manzanos...

—No se levante—suplicó, cuando hice ademán de incorporarme—. Usted también es ruso, y sabe que nosotros despedimos sentados a los que marchan a un viaje largo.

Tenía unas manos hermosas, y de ellas brotaba luz, como esas *Madonne* que, al extender los brazos, parecen fuentes que derraman paz. Y, cuando volvía la palma de la mano hacia abajo, decía «muerte». Y hacia arriba quería decir «vida». Acabé comprendiendo este idioma.

Me pareció que cantaba una elegía en ruso que sonaba fúnebre, porque pintaba las palabras de oscuro antes de rimarlas: «En la soledad del destierro llevo a Rainer Maria Rilke en mis brazos».

Cuando se marchó, arrullando su elegía, me dejó una extraña sensación de paz, como si fuese el único ser del mundo al que podría haber confiado toda mi vida. Mientras se alejaba parecía ya más una abuela que una madre. La miré, antes de que se perdiese a lo lejos, porque sé bien que son ellas—las mujeres—las que nos enseñan a mirar las cosas pequeñas: las gotas de agua, las huellas en la nieve, las flores, las joyas y los cristales de bisutería, los símbolos heráldicos de los escudos, las primeras letras, el silbo del ruiseñor y las cajas escritas... Todo cuanto vemos en los primeros diez días de nuestra vida, al tiempo que descubrimos los signos. Y, así, aprendemos que las palmas de las manos hacia abajo quieren decir «muerte» y, hacia arriba, «vida».

BELLEVUE

El piano parecía recitar la elegía de un ruiseñor. Y el conserje del hotel pasó, agitando una campanilla y mostrando una pizarra con mi nombre, porque me llamaban al teléfono. La extraña visión había desaparecido. Sólo se oía el cascabeleo alegre de las campanillas, y pensé en algo que me había enseñado mi madrina: los cascabeles alejan a los malos espíritus. Recordé, de repente, mi último viaje a Rusia, cuando fui a Yásnaia Poliana a la casa de Tolstói. El interior del carruaje olía a polvo y a tapicería vieja; pero, al abrir las ventanillas, entraba el olor de los abedules y las violetas. Y, tras la tormenta, la fragancia húmeda del bosque.

El sol poniente espolvoreaba sobre los manzanos y viñedos del Valais una ofrenda de miel y uvas pasas que llegaba hasta mi corazón—hasta mi boca—con el sabor dulce de la *kutia*, que es el pastel que se prepara para despedir a los difuntos en Rusia.

Una mañana de verano de 1900, un niño observa a una pareja que espera el tren, paseando entre las columnas de la estación Kurski, en Moscú. El muchacho tiene diez años, va al colegio, estudia piano y se llama Borís. Sentado en el compartimento, junto a sus padres, mira—intrigado y curioso—por la ventanilla, y espera el momento en que sonarán las campanadas que anuncian en Rusia la salida de los trenes. Para entretenerle, sus padres le han dicho que son tres, y quiere contarlas. A su edad ya tiene una mirada perspicaz de artista que, seguramente, ha heredado de su padre, Leoníd Ósipovich Pasternak—el gran pintor ruso—, y de su madre, Roza-lia Kaufman, concertista de piano.

El muchacho se fija en todos los detalles: el abrigo tirolés del desconocido, y la personalidad impresionante de la mujer rubia que le acompaña. Es alta, guapa y con el cabello recogido en un moño. Es mayor que él. El joven del gabán oscuro es más bajo y muy delgado, ligero y frágil. Cuan-

do camina parece que se levanta del suelo. Tiene una barbita clara y rubia, el rostro alargado y ojos de color azul (azul ultramar, azul celeste, o azul malva, según la luz)... grandes, angélicos o irreales.

Borís se sorprende al ver que el desconocido—ceremonioso y afable—se acerca al compartimento en el que ellos viajan, y se dirige a su padre. Ambos recuerdan la primavera del año anterior, cuando el joven rubio había visitado al pintor en su taller de Moscú. Hablan de Tolstói, de Rachmáninoff, de Wanda Landowska y de otros amigos comunes.

Leoníd Ósipovich Pasternak, descendiente de una vieja familia judía, está muy próximo al círculo personal de Tolstói. Ha dibujado unas ilustraciones realistas para la novela *Resurrección* y, precisamente por esta obra, le han concedido un premio en la Exposición Universal que se celebra, en estos mismos días, en París.

El desconocido del abrigo oscuro habla de Rusia con un entusiasmo tan grande que, en algún momento, se atreve a decir que, desde que conoció al pueblo ruso en su devoción y en su fe, es consciente de que el racionalismo ha destruido a Europa, y de que sólo Rusia puede ser ya una patria para un poeta. Las palabras parecen sacadas de Tolstói, y manifiestan su escepticismo sobre el porvenir de una Europa sin fe y sin ideales, minada por el materialismo y por los fanatismos de todo género.

El joven se muestra muy agradecido porque, en un viaje anterior, Leoníd Ósipovich le había puesto en contacto con Tolstói, a quien pudo visitar en su casa del barrio moscovita de Khamóvniki. Esta vez, él y la mujer rubia que le acompaña se dirigen hacia el sur, porque piensan visitar al gran escritor en su finca de Yásnaia Poliana.

Borís Pasternak recuerda, pasados los años:

Unos instantes antes de que el convoy se ponga en marcha, un desconocido, vestido con un abrigo tirolés oscuro, se aproxima a la

ventana de nuestro compartimiento. Le acompaña una mujer alta. Debe de ser su madre o su hermana mayor... El desconocido se expresa en alemán. Conozco perfectamente este idioma, pero es la primera vez que lo oigo hablar así. Y, de repente, sobre este andén repleto de viajeros, entre dos campanadas, el desconocido se me aparece como una sombra entre cuerpos muy carnales, como un fantasma en un mundo real.

¿Un fantasma lleno de sonidos? (Sospecho que esta expresión le habría gustado a Borís Pasternak).

El hombre del abrigo oscuro es Rainer Maria Rilke, poeta austríaco, nacido en Praga a finales de 1875, cuando esta ciudad era una de las capitales del Imperio austrohúngaro.

Tiene, pues, veinticuatro años. No ejerce ningún oficio reconocido, apenas ha escrito algunos poemas menores y colaboraciones que ha publicado en revistas literarias y que han alcanzado mediano éxito entre los críticos.

Su madre, Sophie Entz, es muy católica, y su piedad exhibicionista podría hacernos pensar que es también un velo para ocultar su origen judío. Para esta hija de un agente de Bolsa no es fácil aceptar la «marca» de su origen en una sociedad como la de Praga, donde cuentan muy mucho los prejuicios sociales y raciales. En realidad se ha casado con Josef Rilke—un militar de la reserva, destinado en ferrocarriles—intentando buscar una posición entre las viejas familias cristianas. Eso no le impide detestar a su suegra, en quien ha descubierto algunos prejuicios racistas, y por esta razón la considera «mujer impía y odiosa».

A Sophie Entz le gustaría que su marido reivindicase la nobleza del apellido Rilke, pero el buen hombre no parece muy dispuesto a tomarse ese esfuerzo. Y es ella quien se ocupa de hacer creer a su hijo que proviene de una familia noble de Carintia (¡un pequeño error, porque se trata de otra rama de los Rilke!), a la vez que le enseña a distinguir los blasones, llevándole a un sueño mágico de cruces, alas, torres,

rosas, puentes, vírgenes, yelmos, azules, galgos, ángeles y caballeros andantes. Ella también le acostumbra a «leer los signos» en las pinturas y en las imágenes religiosas, distinguiendo a las Vírgenes por la posición de sus manos, por los símbolos que las rodean y por la manera en que sostienen o señalan al Niño. Por eso, cuando viaje a San Petersburgo, Rilke elegirá a Nuestra Señora del Signo (*Materi Znamenie*) como su imagen preferida y más venerada. Y esa perspectiva «icónica» y simbólica de mirar al mundo será característica de su poesía. «Somos dispensadores de signos», dirá en sus últimos años.

Toda su vida podría escenificarse con signos y símbolos: su caligrafía barroca, sus guantes de piel clara, sus sombreros de fieltro, sus pañuelos bordados con iniciales, el cuaderno de notas, que llevaba en el bolsillo de su chaleco, el perfume Houbigant que eligió porque le seducía en él una nota de geranio, el libro encuadernado en piel «*dolce color d'oriental zaffiro*» donde escribió sus *Elegías*, el lacre de cera con su escudo que empleaba para sellar sus cartas, las rosas blancas que cultivaba en su jardín; hasta su final solitario en un viejo torreón de la Noble Contrée, en Suiza.

El destino hizo vivir a Rilke en los años finales de los grandes imperios europeos y en los últimos estertores del mundo aristocrático, ya herido de muerte; pero que, como todas las épocas decadentes, daría sus mejores frutos en la agonía. Aquella vieja nobleza había sido, sin embargo, la creadora de la cultura europea, desde el Renacimiento. Tras ella vendrían los apóstoles del igualitarismo y del racionalismo que dieron interesantes frutos para la ciencia y la técnica, pero pobres cosechas en arte y en espiritualidad.

Desde su infancia, Rilke fue educado en el mundo de la decadente nobleza europea, que desaparecía entre sus santos, sus héroes, sus fábulas y sus reliquias. Así, Marie von Thurn und Taxis podía vivir viajando de castillo en castillo, de balneario en balneario y de país en país. Tenía un gran palacio

en Viena, un castillo en Bohemia, otro en Duino y un romántico *mezzanino* en Venecia. Igualmente, la condesa Luise von Schwerin poseía un magnífico castillo en Hesse, pero pasaba temporadas con su hermana Alice Faehndrich en una preciosa villa en Capri.

Sidonie von Nádherný, otra joven amiga de Rilke, hospedaba al poeta en su castillo de Janovice, cerca de Praga. Anton Kippenberg, su editor, le reservaba la «habitación de la torre» en su casa de Leipzig, para que pudiese escribir sin ser importunado por nadie. No le faltaban mecenas en el extranjero, como los Knoop—los millonarios más poderosos de Rusia, coleccionistas de Stradivarius—, que le invitaban a pasar temporadas en el lujoso hotel que habían construido en El Cairo.

En Basilea vivía acogido al amparo de los Burckhardt, y frecuentaba la mansión palaciega de esta familia. Entre los intelectuales relevantes que había dado esta dinastía poderosísima estaba Jacob Burckhardt, el sabio historiador de arte que fue maestro de Nietzsche y que le alejó de la influencia extremista de Wagner.

Pero Rilke era un dandi, y no se integraba bien en la atmósfera discreta de Basilea. En ese aspecto era tan rebelde como Nietzsche, que llevaba guantes y botines, y se presentaba a las cenas con frac, escandalizando a los burgueses que huían de esas galas aristocráticas y—para pasar más desapercibidos—vestían austera levita negra.

Rilke vivió siempre respaldado y favorecido por grandes mecenas. Y su última protectora, Nanny Wunderly, era propietaria del castillo más impresionante que hay en las orillas del lago de Constanza. Algunas de estas señoras habían enviudado o estaban casadas con hombres independientes y atareados que vivían su vida, sin interferir en las relaciones sociales de sus mujeres. Ellas podían estar en Egipto o en Nápoles con un grupo de amigas, mientras ellos se ocupaban de sus negocios en París o pasaban la temporada de

caza en sus posesiones. Y muchos de los amigos o parientes de estas damas eran grandes intelectuales, científicos notables—como Jakob von Uexküll—, y geniales escritores como Rudolf Kassner, Hermann von Keyserling o Hugo von Hofmannsthal. Y, entre sus amigos franceses, se contaba André Gide: escritor que no sólo era un talento indiscutible, sino también tremendamente rico.

Phia Entz transmitió a su hijo esta afición por las estrellas y las figuras de un mundo decadente. Algunos la acusarán de ser una pobre esnob, nacida en una familia burguesa, que fantaseaba con una vida aristocrática muy alejada de sus posibilidades económicas. Apreciaba la elegancia, los balnearios lujosos, los buenos tejidos, la mesa bien servida y los *petits objets*: guantes, relicarios, agujas de sombreros, frascos de perfume, cajitas de porcelana, escribanías, joyeros... Y Rilke la juzgará duramente por sus pretensiones de *grande dame de l'Ancien Régime*. Pero fue ella precisamente quien educó a su hijo en ese mundo dorado en el que—tras muchas penas y vicisitudes—conseguiría escenificar su obra y abrirse camino.

Era obligación de un protegido de la aristocracia conocer los castillos, los blasones, los parentescos y los nombres de las familias donde encontraba a sus mecenas. Phia Entz enseñó también a su hijo a interesarse por los libros de devoción, sobre todo las vidas de santos, que fueron una lectura muy apreciada por el poeta. La princesa Von Thurn quedaría fascinada por la delicadeza que mostraba Rilke cuando elegía regalos o desempolvaba objetos curiosos en los desvanes de los castillos y en las viejas vitrinas. Pero ese buen gusto podemos considerarlo, sencillamente, la versión estética de la devoción que Phia mostraba por las reliquias y las imágenes sagradas. Y así fue como Rainer Maria Rilke—guiado por los sueños de su madre—pudo convertirse en el último poeta caballeresco de Europa.

El nombre de Rainer (una palabra que sugiere cierta con-

fusión con *Reiner*, que en alemán significa ‘puro’) se lo ha puesto la mujer rubia y alta que viaja ahora con él. Ella se llama Luíza Gustávovna von Salomé, aunque para su familia es Ljola y, para sus amigos, Lou.

Es rusa y vive en Alemania desde joven, casada con el profesor Andreas: un sabio filólogo, erudito en lengua y cultura persa. Efectivamente, Lou es mayor que Rilke, porque ha cumplido ya los treinta y nueve años. Sin embargo, no sería cabal juzgarla por la edad, al margen de que sigue siendo una mujer bellísima. En realidad ella se siente más joven. Un día Rilke escribirá:

Pese a nuestra diferencia de edad, empecé a crecer y seguí creciendo y creciendo, hasta alcanzar el punto del que te hablé con tanta ilusión en el momento de nuestra despedida. Sí, por extraño que te pueda parecer: ¡hasta llegar a mi juventud! Pues sólo ahora soy joven, sólo ahora puedo ser lo que otros son a los dieciocho años... ¡Yo misma!

Borís se da cuenta de que esta mujer alta y decidida, que habla algunas palabras en ruso con su madre, tiene «una fabulosa historia». Y, cuando la pareja se despide para ocupar su departamento en el tren, Leoníd Ósipovich, su padre, le dice:

—Boria—su familia le llama así—, recuerda que hoy has conocido al poeta Rainer Maria Rilke.

El matrimonio Pasternak comenta con admiración el entusiasmo de estos jóvenes que se interesan tan apasionadamente por la cultura y por la vida rusa. Para el viejo Leoníd Ósipovich son unos románticos que no conocen bien las penas e injusticias que soporta el pueblo ruso. Él piensa que el Imperio alemán es el alma de Europa, y que sus hijos tendrían una vida más fácil en Berlín. Pero Rilke intenta incluso aprender ruso, escribe bastante bien el alfabeto cirílico y caza al vuelo algunas palabras en las conversaciones. Y Lou Salomé le ayuda decisivamente en este aprendizaje.